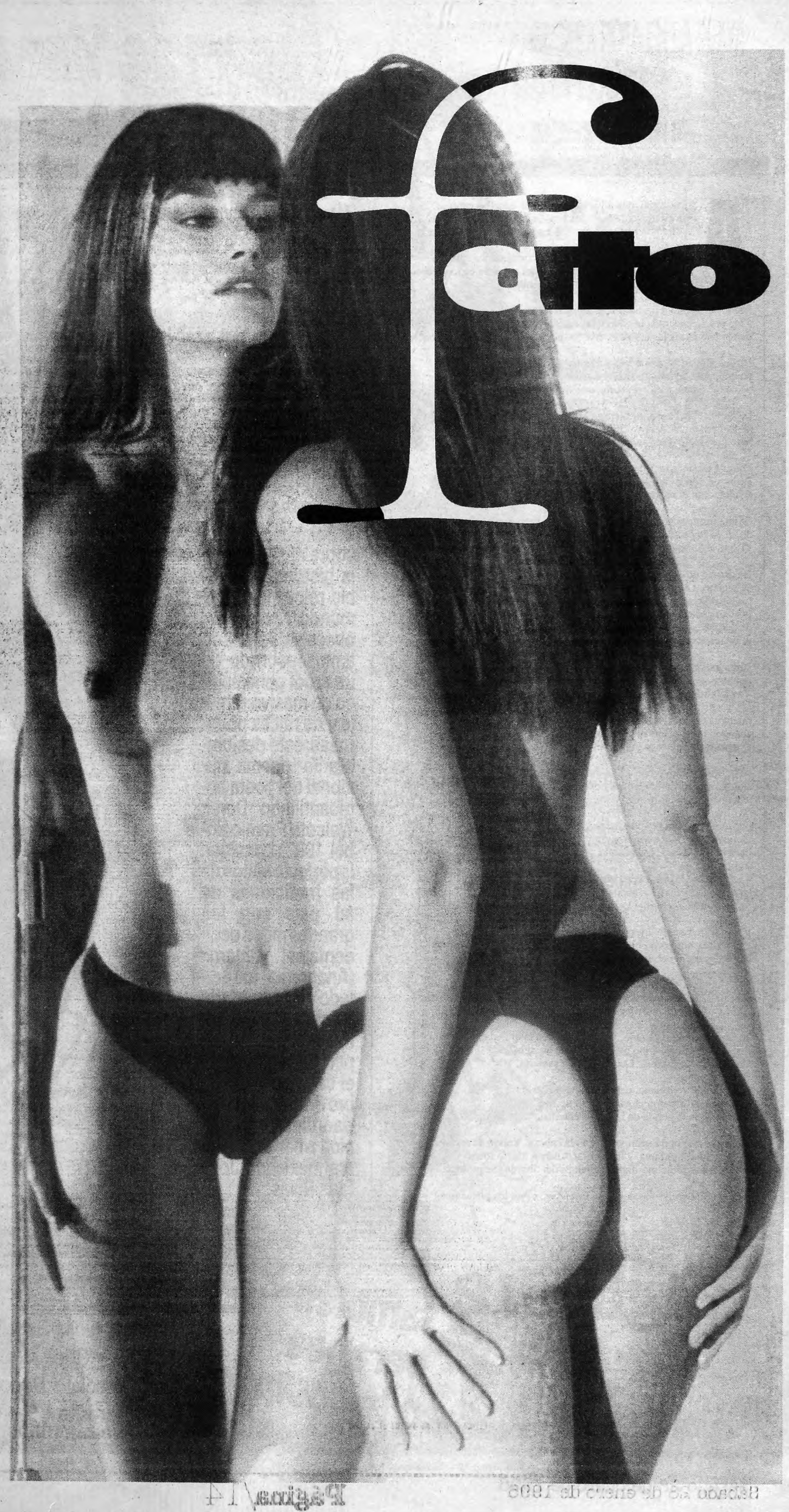
Verano/12



(Por Carla Castelo) Fato. Fatuo. Fatal: inevitable. El verano somete al ser humano a la dictadura de los cuerpos, de las pieles húmedas, doradas, del silencioso vaivén de las caderas, de las bocas violentas, de las miradas álgidas. El verano concentra el goce, desenfrena al amor y lo disuelve. El verano es caprichoso y selecciona sus víctimas al azar.

Esta vez es Camila como podría ser otra. Camila está en el micro que la lleva a los reductos costeros argentinos. Camila adivina la posibilidad de un rostro: morocho de ojos verdes. Y se ríe: rubio de ojos oscuros. El bus oscila en la ruta seca y Camila otea los asientos laterales: un pelado lee a Henry Miller y acaricia su bigote omnipresente; una pareja se mece en la tranquilidad de un sueño; una vieja teje. Ella descifra y se pregunta por esas manos gruesas y venosas que la amarán en verano; algún verano, este verano. Imagina la arena gimiendo entre sus pies delgados y la mirada perversa del bañero. Su piel oscura acercándose irremediablemente. Y él le dice *¿qué tal?* y ella sonríe. Y sus ojos recorren las formas de Camila y tasan de uno al diez. Y Camila deja pasar el rumor de palabras necias de cualquier levante y piensa en esos brazos calmándola del frío. El bañero -que no tiene nombre– al final se decide y la provoca: *¿qué hacés esta noche?*, le pregunta. *Nada*, dice ella, y acaricia la madeja de pelos castaños del bañero. El la besa con ferocidad. Las pieles se golpean sudorosas: el ritmo desesperado de las pelvis. *No hace falta esperar a la noche*, murmura Camila. *Parece amor*, dice él. Y nadie cree. Después, no dicen nada. El sol les cae encima como una maldición y ellos son otros. Camila es una mujer cualquiera, tan parecida a tantas. El se asemeja a un simio de ojos tristes. Se miran distraídos. El dice *nos vemos* y ella asiente.

–En fin... –repite él.

Y Camila llega a la estación.

LECTURAS

Por Derek Walcott

Profunda reflexión sobre el sentido de la historia, admirable reinvención del mundo homérico, obsesiva historia de amor, recorrido de un árbol genealógico de masivo ramaje y de raíces poderosas; este deslumbrante poema aluvional del poeta angloantillano Derek Walcott (Premio Nobel 1992) consigue la perfecta fusión de las tradiciones de su país con los grandes mitos occidentales. *Omeros* (Anagrama) fue editado en acertada edición bilingüe. Por razones de espacio se ofrece aquí el capítulo 1 del Libro Primero de la extraordinaria traducción a cargo del poeta mexicano José Luis Rivas.

"Así es como, una alborada, cortamos aquellas canoas."
Filoctetes sonríe para los turistas que intentan robarle
el alma con las cámaras. "Luego que el viento da aviso

a los *laurier-canelles*, las hojas comienzan a agitarse
en el momento en que el hacha del sol pega en los cedros,
porque veían las hachas en nuestros propios ojos.

Sacude el viento a los helechos. Suenan como la mar que nos mantiene
a los pescadores toda la vida, y los helechos cabecean: 'Sí,
tienen que morir los árboles'. Así, los puños encajados en la chaqueta,

porque allá arriba hacía frío y nuestro aliento pelechaba
como la niebla, turnamos el ron. Cuando el ron repite,
nos da el coraje para volvernos asesinos.

Levanto el hacha y pido fuerza a mis manos para herir
al primero de los cedros. El rocío arrasaba mis ojos,
pero me asesto otro ron blanco. Luego avanzamos."

Por una moneda más de plata, bajo un almendro de mar,
les enseña luego una cicatriz hecha con un ancla aherrumbrada,
arrollándose el pantalón con el plañido creciente

de una trompa de caracol. Se ha abolsado como la corola
de un erizo de mar. No explica cómo se la curó.
"Tiene algunas cosas –sonríe– que valen más de un dólar."

Ha dejado que sea una hablantina cascada la que suelte a raudales
su secreto. La Sorcière abajo, una vez derribados
los altos laureles, para que el arrullo de la paloma de tierra
pase su canto a azules montes tácitos
de parleros arroyos cuyas aguas, al llevarlo a la mar,
se convierten en remansos ociosos donde bullen tersos jaramugos

y una garceta pesca al acecho en los juncos con oxidado grito
mientras su pata libre fisga una vez y otra vez el légamo.
Y el silencio es aserrado en dos por una libélula

mientras anguilas trazan su firma por la clara arena del fondo,
cuando la aurora aguza la memoria del río
y oleadas de helechos gigantes se mecen con el tumbo de la mar.

Aunque el humo olvide a la tierra de donde asciende,
aunque ortigas defiendan los hoyos donde fueron matados los laureles,
una iguana oye las hachas y sus ojos se nublan

por su nombre ya perdido, cuando la encogida isla era llamada
"Iounalao", "Donde se encuentra la iguana".
Pero la iguana, con toda calma, al cabo de un año

ha de escalar la jarcia de la enredadera, con la papada
abierta en abanico, los codos en jarras y la cola lenta
meneándose con la isla. Las bolsas hendidas de sus ojos

maduraron durante una pausa que duró siglos
y que se levantó con el humo de los arahuacos hasta que una nueva raza,
por el lagarto ignorada, se irguió midiendo a los árboles.

Esos fueron los pilares que cayeron, dejando un espacio azul
para un Dios único en donde una vez estuvieron los antiguos dioses.
El primer dios fue un *gommier*. El generador se puso

en marcha con un gemido, y un tiburón con la quijada al sesgo,
hizo volar astillas como macarela sobre las aguas
hacia trémulas hierbas. Luego pararon la sierra,

aún caliente y vibrante, para examinar la herida
practicada. Rasparon el gangrenoso musgo
y arrancaron la herida de la red de enredaderas que la enlazaba

todavía a esta tierra, asintiendo con la cabeza. Volvió de repente
el generador a su tarea, y las astillas volaban más veloces
cuanto más parejo mordían los dientes del tiburón. Se protegían los ojos

del estallido en astillas del nido. Entonces, sobre los platanares,

meros

la isla levantó sus cuernos. La alborada corrió gota a gota
por sus valles, la sangre salpicó los cedros

y la arboleda se inundó de la luz del sacrificio.
Un *gommier* crujía. Su follaje, inmensa lona con el madero
a punto de caerse. El rechino hizo que los pescadores

dieran un salto atrás mientra el mástil en codo se inclinaba poco a poco
hacia el intermedio de gruesas oleadas de helechos; y la tierra
trepidó, bajo los pies, en oleadas que pasaron luego.

II

Aquiles alzó la vista hacia el hueco que el laurel había dejado. Vio
al hueco sanando en silencio con la espuma de una nube
como ola que rompe. Después vio a la golondrina
cruzando el oleaje de las nubes; parva criatura, lejos del terruño,
confundida por las olas de azules montes. Una espinosa enredadera
cogió a Aquiles del talón. Se la quitó a tirones. A su alrededor,

otras carenas surgían de la sierra. Hizo con su machete
una rápida señal de la cruz, llevándose el pulgar a los labios,
mientras el monte resonaba con hachas. Meció hacia atrás la hoja

y tajó, nudo por nudo, los miembros del dios muerto,
arrancando del tronco las venas seccionadas mientras rogaba:
"¡Arbol! ¡Tú puedes ser una canoa! ¡O puedes no serlo!"

Y los ancianos de luengas barbas soportaron la matanza
de su tribu sin pronunciar una sílaba
de ese lenguaje que habían hablado como una nación,

el lenguaje que enseñaron a sus arbolitos: desde el altísimo bal-
buceo
del cedro hasta las verdes vocales del *bois-cam-
pêche.*
Y el *bois-flot* se mordió la lengua junto con el *lau-
rier-cannelle,*

el campeche de roja piel soportó en la carne las espinas
mientras el patuá arahuaco crepitaba en la fragancia
de una hoguera resinosa que volvía morenas las hojas

con enroscadas lenguas, después ceniza, y se perdió aquel lenguaje.
Como bárbaros que salvan de un tranco las columnas que han derribado,
los pescadores gritaban. Por fin los dioses habían caído.

Hacharon como pigmeos los troncos de rugosos gigantes
para tallar remos y canaletas. Trabajaban con la misma
concentración de un ejército de hormigas de fuego.

Pero los mosquitos, escupidos dardos, a disgusto
con el humo que vejaba a su bosque, aguijaban el tronco de Aquiles.

El se frotó con ron blanco los antebrazos, para que al menos

esos que aplastara como asteriscos murieran bien borrachos.
Y los mosquitos se lanzaron contra sus ojos, cercándolos con ataques
que en llanto lo enceguecieron. Luego se retiró la tropa

a los altos bambúes, como los arqueros de los arahuacos
en su huida de los mosquetes de madera crepitante
vencidos por el estandarte de fuego y el hacha cruel

que cortaba las ramas. Los hombres amarraron los grandes troncos
con cáñamo verde, y luego, como hormigas, los rodaron hasta un risco
pra que se despeñaran entre talludas ortigas. Los troncos acopiaban

esa sed de mar con que sus cuerpos de espaldera nacieron.
Luego, ansiosos de convertirse en canoas, los troncos roturaron
los rompientes de breñas, abriendo descarnados boquetes
de guijarros, sintiendo dentro de sí, no la muerte sino el uso:
techar la mar, ser cascos. Luego, sobre la playa, fueron puestas
brasas en sus canales rebajados a golpes de azuela.

Un camión de plataforma había transportado sus cuerpos ensogados.
Al paso de los días, los rescoldos royeron el centro de las canoas
y el calor dilató la madera hasta convertirla en costillaje de bordas.
Aquiles, bajo su golpeteante formón, sentía que los huecos
vaheaban por alcanzar la mar, lanzando los espolones de sus proas hendidas
hacia la bruma de los islotes estampados de pájaros.

Luego todo ensambló. Las piraguas se acurrucaron en la arena
como perros con ramitas entre los dientes. El sacerdote
las roció con una campanilla, luego hizo la señal de la golondrina.

Cuando sonrió ante la canoa de Aquiles, *In God We Troust*,
éste dijo: "¡Déjela! ¡Es la ortografía de Dios y también la mia!"
Una alborada, después de la misa, las canoas entraron en las aberturas

de los bajos ataviados con sobrepelliz, y las cabeceantes proas
acordaron con las olas olvidar que una vez fueron árboles:
la una estaría al servicio de Héctor, la otra al de Aquiles.

III

Aquiles meó a oscuras, luego puso la aldaba a la media puerta.
Estaba enmohecida por el soplo de la mar. Con el cangrejo
de su mano izó la cesta para el pescado; ocultó el escalón de cenizas

en el hoyo, debajo de la cabaña. Cuando estuvo cerca del almacén,
la brisa de la calle lo roció de sal remontando la calle gris,
luego de las viviendas dormidas a pierna suelta, bajo las barras de sodio

de los faroles, hasta el seco asfalto raspado por sus pies;
contó las pequeñas centellas azules de las estrellas sueltas.
Las hojas de los plátanos se inclinaban bajo la ondeante

cólera de los gallos, los gritos crujían como tiza roja
dibujando cerros en una pizarra. Como su maestro, en espera,
el oleaje se impacientaba por su andar tan pausado.

Cuando se encontraron frente al muro del cobertizo de concreto
la estrella del alba había dado un paso atrás, asqueada por el olor
a redes y tripas de pescado; en el cielo la luz era fuerte

y había un horizonte. Puso la red junto a la puerta del almacén;
después se lavó las manos en la pileta.
El oleaje no alzaba la voz, y aun los perros de calcadas costillas

estaban tranquilos cerca de las canoas; una botella de ajenjo
se turnaban los pescadores, haciendo ruido después de probarlo
y escalofriándose al contacto de la amarga cáscara con que fue fermentado.

Esta era la luz en que Aquiles era más dichoso.
Cuando dejaban, antes de que sus manos asieran las bordas,
que la anchura de la mar los penetrara, sintiendo que su jornada comenzaba.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama

LA LUCHA CONTINUA

Por Juan Sasturain

Resumen: *El narrador, Pirovano, ex arquero que usa un guante izquierdo de guardavalla para ocultar un terminal electrónico en su mano mutilada, lleva una doble vida aventurera. El la cúpula secreta de su edificio es Catcher, agente de Magia, y a través de la máquina se comunica con su mentor Subjuntivo. Etchenique está con él en la primera excursión por el Buenos Aires subterráneo.*

20 DE EMERGENCIA

Sostuve al veterano que trastabilló y lo orienté en la semioscuridad del pasadizo.

–Te acostumbrarás: es una penumbra atravesable con comodidad –dije mientras le sacudía el traje lleno de tierra–. Dame el plano.

–Esto es parte de que está marcado con puntitos... –dijo Etchenique.

Asentí, mientras consultaba el itinerario a seguir. En ese momento todo pareció temblar con el rumoroso fragor de una máquina infernal.

–Es el subte: estación Sáenz Peña, ladu sur. El túnel está a un metro escaso de esa pared –dije señalándola–. La primera E, la primera posibilidad de emergencia es precisamente allí, a cien metros. Salía derecho al andén; o al fondo del andén, mejor dicho.

El fragor se hizo más lejano hasta desaparecer. Echamos a andar.

El veterano miraba a los lados, arriba y abajo con admiración:

–¿Quién hizo esto, pibe? No me vas a decir que ya estaba...

–No sé quién armó definitivamente la red subterránea como existe ahora, pero Magia montó la cúpula a mediados de los ochenta, cuando hubo un proyecto de recuperación de los edificios históricos de la Avenida de Mayo. Compraron la propiedad y realizaron esa especie de reciclaje secreto. No tocaron nada más: el resto de las oficinas sigue tal cual en los años veinte. La tuyo, por ejemplo.

–Yo ya no estaba cuando pasó eso.

–Yo tampoco. Pero creo que no soy el primero que la usa. Subjuntivo me lo dio a entender en la tercera entrevista.

–No me explicaste nada de ese aspecto del asunto: ¿te tomaron examen? Ese Subjuntivo, digo...

–No precisamente... Pero fijate ahí.

Con el primer recodo a la izquierda apareció en la pared del túnel el indicador de Emergencia. Eran pinceladas de pintura fosforescente que terminaban en una puerta-ventana opaca de un material que yo sólo sabía describir como cristal metálico. Extendí la palma libre de la derecha sobre las pinceladas y la gama cambiante de colores respondió al estímulo levísimo del calor de mi cuerpo.

–Negativo –le informé al leer la señal cromática–. No se puede emerger por acá. No se puede o no se debe: la red se autorregula.

–¿Es que ya vamos a salir? Calculo que estaremos bajo el Congreso... -dijo Etchenique. –Vos vas a salir –y consulté el plano sin atender a su disgusto incipiente–: hay dos posibilidades, viejo...

–¿Qué dos posibilidades? –y no cuestionaba su raje compulsivo sino la limitación.

–El segundo subsuelo de la confitería del Molino, que está siempre disponible, y... –busqué un poco más lejos dentro de mi itinerario– seis, siete cuadras más al Norte, en diagonal. También, siempre disponible, la sala de recepción subterránea de la morgue, en calle Viamonte. Elegí.

–Los fiambres –dijo adelantándose.

En los diez minutos siguientes recorrimos demasiado pausadamente para mi gusto y mi necesidad los oscuros, meandrosos pasadizos que nos iban llevando hacia Barrio Norte. Primero por el túnel accedimos a la red cloacal: de ahí a un corto trayecto por los talleres abandonados del subte en la estación Callao y, finalmente, casi volviendo sobre nuestros pasos, a un dificultoso conducto, nuevo al parecer, que nos dejaría en su frío destino final.

Durante todo el trayecto, el admirable veterano no decayó en su empeño de sacarme toda la información posible. Particularmente le interesaba lo que bautizó a su manera como "primera fase": el momento en que mis misteriosos benefactores tropicales se dieron a conocer.

Le expliqué que no había sido simple y que podría no haber sido.

De acuerdo con mi pedido me dejaron ir, y sólo me recomendaron que en diez días me presentara en una dirección en los suburbios de Barranquilla –supuse que una clínica o algo así– para controlar la marcha y evolución del "trabajo quirúrgico" que me habían hecho. Sobre todo había que tener cuidado con los problemas de rechazo por la inserción bajo la piel de un perno de material muy sensible.

Dediqué los siguientes quince días a emborracharme de ron y autocompasión en medio de los escombros de mi casa: Vicky no contestaba a mis llamados en Buenos Aires y yo no contestaba a los llamados de todo el mundo en Barranquilla. Hasta que un día dejé de beber, el teléfono dejó de sonar y yo mismo abandoné mi pretensión de ser oído, perdonado o comprendido. Me levanté una mañana, puse en venta la casa o lo que quedaba de ella, saqué todo el dinero del banco y fui a un ortopedista a hacerme una prótesis: necesitaba un poco más de dos medios dedos para volver a ser un hombre y acaso un arquero completo.

La escena fue terrible. No bien desnudé la mano, el médico, un hombrecito formal, blanco de porcelana y delantal celeste, puso cara de asco y escepticismo. Los dedos, tumefactos todavía y sin cicatrizar, gozaban de buena movilidad y ganas intactas. "A ver qué perno le han puesto aquí..." fueron sus penúltimas palabras, acercando el bisturí a la zona. "¡Qué puta vaina es eso!", fueron las últimas antes de que yo huyera, como si hubiese sido culpable de la tremenda descarga que lo tiró contra la pared del consultorio, le hizo desarticular un prolijo y elegante esqueleto que lo presidía...

Esa misma tarde busqué la dirección suburbana y allá fui. No era una clínica. Era una librería, una extraña librería de barrio con mostrador al fondo, jamones colgados del techo y música de un *jukebox* asmático con discos de Gardel y Bill Halley. Entré, di una vuelta y ya salía convencido de mi error cuando me llamó el dueño y me dijo: "Pirovano, elíjase un disco, que la Magia paga". "¿Quién?" "Usted elija..." Y fui, como en un sueño. "¿Cómo funciona?" "Elija y apriete con el dedo", me dijo el dueño sonriente. Y yo sabía que el dedo era ese dedo y no otro...

A esa altura del relato Etchenique no se quería ir pero tuve que despedirlo:

–Es casi mediodía, lo espero esta noche en casa... Tráigame todo lo de Paredón o lo de Pandolfi –dije casi empujándolo hacia la salida; puse el terminal en la base de la E y la puerta de vidrio metálico se abrió. El frío nos pegó en la cara. –¿A dónde me mandás, pibe? –y se levantó las solapas–. ¿Qué invento si me agarran acá adentro?

–Diga que resucitó.

La cara se le iluminó:

–Esa es buena... Casi verdadera, te diría.

La puerta se cerró y salí casi a la carrera. No se puede perder tiempo contando una historia mientras se la vive.

El martes:
21. Fierros

Juegos

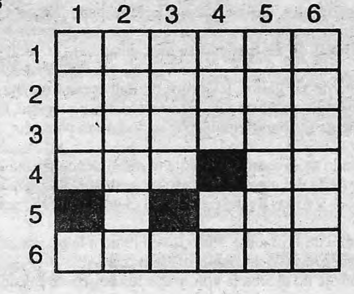
¿ANAGRAMA O SINONIMO?

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Soltero.
2. Dorará.
3. Murano.
4. Ansar. / Ga.
5. Aún.
6. Atoran.

VERTICALES
1. Roca.
2. Instruyen.
3. Malo.
4. Enojo. / Tu.
5. Plátano.
6. Repartir.



¿Anagrama o sinónimo?

C	E	L	I	B	E
A	D	O	R	A	R
R	U	M	A	N	O
O	C	A	■	A	G
■	A	■	U	N	A
A	N	O	T	A	R

ESCALERAS

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

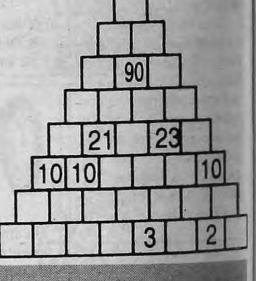
GIRA	MANO
ROTA	PUÑO

Escaleras

A. Gira, gima, rima, Roma, rota. B. Mano, cano, caño, cuño, puño.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



355							
175	180						
85	90	90					
41	44	46	44				
20	21	23	23	21			
10	10	11	12	11	10		
5	5	5	6	6	5	5	
2	3	2	3	3	3	2	3

CORRESPONDENCIAS

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Capitales
1. Hungría — A. Bucarest
2. Checoslovaquia — B. Budapest
3. Rumania — C. Varsovia
4. Polonia — D. Praga

Qué mide
1. Acre — A. Superficie
2. Pie — B. Peso
3. Galón — C. Distancia
4. Quintal — D. Volumen

Músicos
1. Yehudi Menuhin — A. Piano
2. Vladimir Horowitz — B. Cello
3. Pablo Casals — C. Violín
4. J. P. Rampal — D. Flauta

Pintores
1. Dalí — A. "Guernica"
2. Van Gogh — B. "Café nocturno"
3. Goya — C. "Maja desnuda"
4. Picasso — D. "La persistencia de la memoria"

Correspondencias

Capitales: 1-B, 2-D, 3-A, 4-C. Qué mide: 1-A, 2-C, 3-D, 4-B. Músicos: 1-C, 2-A, 3-B, 4-D. Pintores: 1-D, 2-B, 3-C, 4-A.